

Enrique Molina

Domingo Melfi

La inesperada noticia del fallecimiento de Domingo Melfi me sacudió, me consternó, como pudiera hacerlo una tormenta repentina que trae oscuridad, confusión y dolor. Y a las tormentas de la muerte no hay sol que las disipe con rapidez sino que entran a ser, como los grandes pesares, huéspedes íntimos y permanentes del alma que, con su herida adentro, sigue en lo exterior deambulando como siempre.

Y es lo que nos pasará con el deceso de Domingo Melfi. Los lazos de afecto que nos unían empezaron a trenzarse hace cuarenta años. Fué el primer día que llegué al Liceo de Talca en una clara y tibia tarde de mayo de 1905 en desempeño de mi cargo de rector para que estaba recién nombrado. El liceo se hallaba, desde algún tiempo, en alarmante desorganización. La indisciplina de los alumnos era insoportable; vivían en continuas sublevaciones y algunos días había tenido que acudir fuerza armada para mantener el orden en

el establecimiento y en los alrededores. De manera que la tarea para mí no era fácil, y fué ruda en efecto.

A poco de haber sido nombrado y cuando el decreto de mi nombramiento no se hallaba aún del todo tramitado llegaban diariamente a Santiago, al Ministerio de Educación, telegramas del Intendente de la Provincia reclamando que me fuera a hacer cargo cuanto antes de mi puesto, porque el desorden era inaguantable. Ese día de mayo el Intendente, que era el distinguido caballero don Valentín del Campo, me condujo al liceo; pero tan poca confianza tenía en la muchachada estudiantil que no se atrevió a entrar y me dejó solo en la puerta, en manos del rector accidental, el profesor don Manuel Yáñez. Acompañado de éste, para recorrer el establecimiento, que era un viejo caserón, penetré en el primer patio, amplio, con corredores por los cuatro lados, de bajas y vetustas construcciones de un piso. No era la entrada del domador a la jaula de las fieras porque yo no iba con tal ánimo, sino con el de amigo cordial, cordial sí, pero a la vez firme. Al avanzar por el corredor más inmediato a la oficina de donde habíamos salido, un grupo de alumnos partió a nuestro encuentro corriendo desde el otro extremo del patio. A la cabeza de ellos venía un muchacho de figura esbelta y fisonomía agraciada que gritaba más que todos ¡Viva don Enrique Molina! Era Domingo. Podía estimar por mi parte buen augurio y muy halagador el recibimiento, y había tanta simpatía, tanta sana juventud y tanto calor espontáneo en la actitud

de Domingo que de buenas ganas le hubiera dado un abrazo; pero la situación era delicada y preferí contenerme. Mil gracias, amigos míos, les dije, mas si ustedes están contentos con mi llegada la mejor manera de probármela es mantenerse en orden, y vuelvan tranquilamente a sus lugares. Así mi iniciación en el Liceo de Talca, período que cuenta mucho en mi vida, quedó indeleblemente ligada al recuerdo de Domingo.

Entre las innovaciones del nuevo régimen que implantamos en el liceo, Alejandro Venegas como vicerrector, y yo, figuraron las charlas literarias semanales organizadas por Venegas. Estas reuniones literario-musicales fueron una novedad en Talca y tuvieron un gran éxito. La sociedad talquina llenaba todas las semanas el salón en que se celebraban. En ellas tuvo Domingo una actuación destacada. Leyó ahí sus primeros ensayos intelectuales y se dió a conocer como declamador de notables cualidades. El donaire de su bella presencia, su adecuado accionar, su voz agradable y bien timbrada, su clara elocución y el acento emocional que sabía comunicar a sus palabras hicieron de las declamaciones de Domingo uno de los números más atractivos de las charlas del Liceo.

Domingo fué de esa brillante pléyade de jóvenes que se formó en aquellos años en el Liceo de Talca y que con tanto éxito ha actuado después en la intelectualidad chilena. Bastaría con citar a su lado a Armando Donoso, perdido ya, por desgracia, para las letras y para sus amigos, a Mariano Latorre, figura de

primera magnitud en la novelística americana, a Arturo Torres Ríoseco y Roberto Mesa Fuentes, poetas de renombre continental, a Aníbal Jara, periodista y hombre público de proficua labor en el país y en el extranjero, al inteligente y dinámico escritor Armando Rojas C., a un jurisconsulto y político como Ernesto Barros Jarpa, a políticos como Eliecer Mejías, Gustavo Jirón y Manuel Bart; a un ingeniero de tan acertada participación en la vida pública como Ricardo Bascuñán Stöner.

Que Domingo siguiera, hasta graduarse, una carrera para la cual no tenía vocación constituyó un testimonio de su gran sentido del deber, de su capacidad de estudio y de su carácter. Pero luego predominó en él, irresistible, el llamado del espíritu.

Fué como la irrupción de un primer amor que, sofocado un tiempo, estalla incontenible y se le abraza cualesquiera que sean los sacrificios que han de sobrevenir. Dejó, pues, las herramientas de la odontología y tomó definitivamente la pluma. Fué primero periodista en Talca y luego se trasladó a Santiago donde ocupó pronto, entre los hombres de letras el lugar de honor que le correspondía. Contribuyeron a situarlo ventajosamente no sólo su preparación y sus dotes de escritor sino también su don de gentes, su amplitud y serenidad de espíritu y la elevación de su carácter.

Comprobó estas cualidades suyas durante los años que estuvo a cargo de la revista «Atenea», que fueron alrededor de quince, y como Director de «La Na-

ción», diario en que empezó a servir como crítico literario. La crítica formó una de sus actividades predilectas y fué un crítico ejemplar por su ilustración y la ecuanimidad, medida y sagacidad de su inteligencia.

En «Atenea», fuera de otras colaboraciones, escribió, mes a mes, los «Puntos de Vista». En éstos se miraban los problemas desde muy alto, de manera que no había posibilidad de ver pequeñeces, salvo para fustigarlas.

Con sentido profundamente comprensivo y generoso, y a menudo también esgrimiendo las censuras del moralista indignado, abordaba Domingo cuanto asunto se presentaba de interés para la humanidad, para las Américas, para nuestra patria. Eran objeto de su particular preocupación las inquietudes de la juventud, las cuitas de los escritores y las miserias y dolores del pueblo: en pocas palabras, los anhelos de justicia, de progreso, de rectitud, de moralidad.

A pesar de las ocupaciones que debía atender y de haber sido arrebatado tan prematuramente a la vida, nos ha dejado Domingo una obra literaria abundante y valiosa. En 1934 obtuvo el premio literario «Atenea» por su libro «Pacífico-Atlántico». Su última producción fué la edición definitiva de «Tiempos de Tormenta», esa especie de magnífico fresco mural en que, tomando como motivo el remate de una gran mansión santiaguina, nos traza un cuadro tan conmovedor, tan desgarrador, de las crisis de la aristocracia chilena desde los últimos decenios del siglo pasado.

Mientras he estado escribiendo estos recuerdos e impresiones he tenido a la vez oprimido el pecho por el sentimiento de que no volveré a ver más a Domingo. Me parece imposible; la viva imagen que guardo del amigo se resiste a creerlo: pero la implacable realidad me lo repite. Qué gratos eran mis encuentros con él en Santiago, donde Nascimento, en su oficina de «La Nación», o en cualquier parte. Me imagino que lo estoy viendo. Había en su postura algo de noble mosquetero, algo de un Artagnan o de un Athos extraviado fuera de su tiempo, nostálgico de edades heroicas ya extinguidas. Así se acercaba a mí con su mirada a la vez lejana, afectuosa y soñadora, con su sonrisa abierta y leal, y nos abrazábamos estrechamente. Y esto no volverá a ocurrir nunca más. El destino inexorable, muralla del misterio, no lo permite. Así vivimos y así vamos pasando con el alma dolorida suspendida al borde del abismo.